

CLARA EISMAN PATÓN

AUTORA-LIBRO-TITULO

LA SEPTIMA RAZA- 1985.

CAPITULO -1 –

Net era anciano, las fuerzas lo iban dejando cada día más, las necesitaba para el trabajo del campo que compartía con su hijo Rubén y su hija Rebeca, su esposa Sara hacía un año que había muerto de una enfermedad que la tuvo postrada en la cama hasta el final de sus días.

Eran de un pueblo de dos mil habitantes, montañoso y campesino, vivían de lo que les daba la tierra. Árboles frutales, trigo, cereales y hortalizas. Rubén tenía todas estas tareas aparte de sacar las ovejas al campo para que comieran hierba.

Rebeca se ocupaba de la casa, de la comida de echarle de comer a las gallinas y de coger los huevos. El trabajo de Rubén consistía en labrar la tierra con el arado, sembrar el trigo, segar, trillar y llevarlo al molino. Net le ayudaba en recoger la fruta, las hortalizas y cereales. Había veces que no podía mantenerse derecho, sus cerca de ochenta años lo tenían sin fuerzas y sin ganas de seguir adelante. Se había dejado desde que murió

Su esposa Sara, ella había sido para él toda su vida la mujer que amó.

Rubén con cuarenta años permanecía soltero, las chicas casaderas del pueblo no le gustaban, él no era hombre de salir a otros pueblos más grandes para divertirse, el trabajo lo tenía muy ocupado, cuando terminaba un día, quería llegar a su casa para descansar.

Rebeca era cinco años menor, los chicos solteros del pueblo iban detrás de ella, no quería casarse, en una ocasión estuvo a punto de contraer matrimonio con un joven pero fue ella que se echó atrás debido a la enfermedad de su madre, sus padres y su hermano la necesitaban.

Net hacía todo lo posible por sobre vivir, la vida para él no tenía sentido al quedarse viudo. Por las noches solo en su dormitorio lloraba llamando a Sara su esposa. Rebeca iba para consolarlo y darle ánimos para que siguiera adelante. Había días que no quería levantarse de la cama, Rebeca lo cuidaba para que sus días en la tierra hasta que llegara su fin fueran mejores.

Cerca de la casa de Rebeca llegaban pretendientes

para poder hablar con ella. Rubén los espantaba siempre que los veía rondar cerca.

Rebeca era una mujer que gustaba por su sensibilidad, por su carisma y por lo bonita, aunque algo marcada por el trabajo de la casa y del campo que iba a veces cuando su hermano la necesitaba. Sus cabellos claros y ojos azules hacía de ella una hermosa mujer.

Ese día había estado lloviendo, las ovejas se dispersaron, una se había perdido y corrió monte arriba. Rubén fue en su búsqueda y hasta que no la encontró, no volvió a casa. Estaba cansado, solo quería cenar e irse a la cama.

Rebeca se quedaba hasta más tarde preparando la ropa de su padre y de su hermano, la que tenían que ponerse al otro día por la mañana. El desayuno también lo dejaba hecho, hacía una especie de sopa espesa, con cereales y queso del que ella hacía de oveja, por la mañana solo tenía que calentarlo en el fuego de la chimenea. Cuando terminaba su día de trabajo, estaba rendida, muerta de trabajar. La vida del campo es de esa manera.

CAPITULO -2 –

Había parado de llover, la noche era tranquila pero oscura. Sólo hacía dos horas que Rebeca dormía. Por los cristales de la ventana de su dormitorio entraba luz, tanta era que la llegó a despertar, se sentó en la cama pensando que sería uno de sus pretendientes, no estaba de humor para eso, esas no eran horas para ir a rondarla. Miró el reloj de la mesita de noche, marcaba las tres de la madrugada. Saltó de la cama sin hacer ruido para no despertar a su padre y a su hermano que dormían plácidamente, si él se despertaba se iba a enfadar con el pretendiente que estuviera en la puerta de la casa, y, seguramente no se quedaría en un enfado, iría más lejos. Rebeca iba hacia la puerta en puntillas, le dio dos vueltas a la gruesa llave y la abrió despacio. La luz la encandiló, su mano derecha la puso delante de sus ojos para ver quién podría ser el gracioso que a esas horas la estaba molestando. De lejos como a veinte metros, podían verse varias luces grandes que procedían si ella calculaba bien, de una enorme maquina plateada. Rebeca estaba a un metro de la casa

tratando averiguar de qué se trataba. Se sobre saltó al ver que venía en dirección a ella una silueta masculina, alto, cabellos largos, iba metido en un traje plateado luminoso. Cuando estuvo cerca vio que medía más de dos metros de estatura. Era la primera vez que veía a un ser tan alto y de gran belleza, sus facciones eran angelicales, el color de su cabello dorado. Los dos estaban frente a frente, él la saludó, extendió su mano derecha y tocó su frente diciéndole con voz suave.

-No tengas miedo, soy un hermano de luz.

Rebeca no respondió y tampoco tenía miedo, se encontraba muy bien delante de ese ser maravilloso.

-Ven conmigo- le indicó él.

Rebeca notó que se iba desvaneciendo y perdiendo las fuerzas. Necesitaba decirle que la dejara volver a su cama pero no podía pronunciar palabra, era como si no supiera hablar. Se puso a andar al lado de este hermano de luz. Entraron juntos en la nave, iban subiendo por unas escaleras luminosas. Habían llegado a una sala grande con asientos plateados él, la invitó a que se sentara.

A la mañana siguiente Rubén se levantó y bajó a la cocina para tomar el desayuno, la mesa no estaba puesta ni la chimenea encendida, miró el reloj de pared y comprobó que eran las siete, ya había amanecido. Subió al dormitorio de su hermana pensando que estaría enferma, la puerta estaba abierta y la cama vacía, su ropa encima de una silla. Rubén se alarmó y la llamó a gritos por toda la casa. Entró en el dormitorio de su padre, se estaba levantando al oír los gritos que su hijo daba.

-¿Qué ocurre?-preguntó.

-¿Has visto a Rebeca?.

-¡No hijo! ¿Por qué lo preguntas?.

-¡No está en casa!-respondió alterado.

-¡Es posible que esté dándole de comer a las gallinas!.

-¡No padre, su ropa está en su habitación!.

Entre los dos seguían buscándola por toda la casa.

Salieron fuera, el sol ya brillaba, de lejos se veían a los campesinos arando sus tierras y sembrando.

Net y Rubén no sabían dónde buscarla, salieron

fuera de la casa buscando alguna pesquisa que les dieran una pista. Rubén miraba a los alrededores, vio que más lejos de la casa había antes hierba alta, ahora ya no estaba, fue hasta allí y comprobó que todo ese lugar estaba quemado como si hubieran encendido una gran hoguera.

-¡Quiero que me devuelvan a mi hija!-decía Net llorando con las manos implorando al cielo.

Decidieron ir al vecino más cercano y preguntar si habían visto a Rebeca. Ellos les aconsejaron que fueran al cuartelillo y denunciaran la desaparición.

No tardaron los comentarios en los vecinos y por todo el pueblo, habían muchas críticas en contra de Rebeca, no esperaban que una mujer sencilla y de su casa, la abandonara en plena noche para irse sepa dios con quién.

Rubén y los hombres del pueblo la buscaban por el campo y los alrededores, la llamaban a gritos. Buscaron por los montes y dentro de las zanjas, decidieron retirarse, porque allí no estaba.

El día había acabado sin resultado. Net y Rubén estaban muy cansados y se fueron a la cama para descansar, porque dormir no dormirían.

CAPITULO -3 -

Era de madrugada, Rubén escucho que llamaban a la puerta, bajó las escaleras de dos en dos y abrió. Delante estaba Rebeca acompañada por el ser de luz. Rubén con gran alegría la estrechó entre sus brazos, iba con el camisón que llevaba la noche anterior, no se sorprendió ver al ese ser extraño y que por su vestimenta podía adivinar que no era de la tierra.

-Prestar atención a lo que voy a decir-dijo el ser de luz- He venido a la tierra en busca de Rebeca, está destinada a concebir seres igual a nosotros. Dentro de nueve meses dará a luz dos mellizos niño y niña, de esa manera la tierra se irá poblando de seres buenos y llenos de bondad. Hace tiempo que estamos vigilando este planeta, se está perdiendo el amor a todo lo creado, el afán de muchos es destruir y hacer que todo desaparezca. Deseamos que las nuevas criaturas que ya han nacido y las que tienen qué nacer, sean el bien para toda la tierra y para todo ser viviente.

Rebeca no es la primera mujer que ha sido

Fecundada, hace mucho tiempo que estamos viniendo a la tierra para esta misión. Los que ya han nacido y los que van a nacer que son muchos, cuando tengan la edad se casaran con otros igual que ellos, buscamos un mundo mejor para todos.

Rubén y Rebeca no parpadeaban escuchando las instrucciones de ese ser de luz. Ella no había notado que le hubieran hecho algo en su cuerpo, quizá cuando se sentó en la sala y se desvaneció por unos instantes, eso era lo que recordaba y creía.

-No habléis de esto a nadie, no os iban a creer y os tomarían por locos-dijo el ser de luz- Quiero advertiros de los problemas que ahora en adelante vais a tener con la gente de vuestro entorno.

Nada más decir esto, se despidió diciendo.

-¡Os dejo mi paz!.

Rubén y Rebeca se miraron, los dos pensaban si era real lo que estaban viviendo.

Net sintió ruido y bajó para ver qué pasaba. Al ver a su hija se echó en sus brazos llorando y diciendo.

-¡Gracias dios mío por devolvérmela!

Net necesitaba saber qué había ocurrido, como era de madrugada, Rubén dijo, que por la mañana hablarían.

A la mañana siguiente estaba Rebeca preparando los desayunos como de costumbre. Los tres desayunaban, Rubén contó a su padre lo ocurrido en la madrugada. Net no podía creerlo, se hacía cruces escuchando a su hijo. No comprendía nada de lo que estaba oyendo. Miraba a su hija con pena, le dijo.

-¡Hija mía, dime lo que has vivido! ¿Te han hecho daño?.

-No padre, todo es tal como lo ha contado Rubén.

-¿No pasaste miedo al encontrarte sola con esos seres?.

-Estaba tranquila y muy serena, ni siquiera me hacía preguntas del por qué estaba dentro de una nave.

Net pensaba en lo que confirmó el ser de luz referente a los problemas que iban a tener, y dijo.

-¡Tenemos que prepararnos por todo lo que digan

la gente del pueblo, y, lo que puedan hacer con nosotros, sobre todo conmigo, me harían mucho daño por lo que puedan inventarse y decir de mí hija.

-Dejemos que actué el tiempo-dijo Rubén.

Padre e hijo salieron al campo más tarde de lo habitual, lo hicieron para no encontrarse con los campesinos como cada día, evitaban que les hicieran preguntas.

Rubén llevaba el arado y Net iba sembrando detrás. No tardaron en acercarse dos muleros, dejaron sus mulos enganchados al arado. Uno de los hombres preguntó a Rubén.

-¿Qué sabes de tu hermana?.

-Está en casa-respondió sin dejar de arar.

-¿Cuándo llegó?.

-A noche.

-¿No ha dicho dónde la pasó?.

-No se acuerda-respondió Rubén dándoles de lado.

Los muleros rieron a carcajadas dándose palmadas en los hombros como algo divertido.

Net estaba oyéndolo todo, se acercó y dijo muy enfadado.

-¡Creo lo que mi hija dice, y, si alguno de vosotros decís lo contrario, me bato con los dos juntos y con todo el pueblo si fuera posible!.

-¿Abuelo, dónde va usted? ¡ya no tiene fuerzas para hacer lo que dice!-dijo uno sin dejar de reír.

Uno de los muleros se aproximó a Rubén y con chulería le dijo.

-¡No le has pegado dos guantas a tu hermana para que diga la verdad.

Rubén dejó de arar, cogió por la camisa a ese mulero despreciable, y le dijo con indignación.

-¡Basta ya de burlas! ¿Lo habéis entendido?.

Habían pasado los días, nadie del pueblo fue a preguntar nada sobre la desaparición de Rebeca. Todos les volvieron la espalda, apenas le hablan, ni se acercaban a Net ni a Rubén en el campo para dirigirles la palabra. Los pretendientes de Rebeca, se desviaban del camino para no pasar cerca de su casa.

CAPITULO -4 –

Rebeca estaba en el cuarto mes de gestación.

Una mañana se dirigía al pueblo a comprar lana para hacerle jerséis al bebé que iba a nacer. Por el camino se encontró con un matrimonio que habían sido amigos de sus padres. Ella dijo algo al oído de su marido, los dos la miraron riéndose. Rebeca bajó la cabeza y siguió hasta llegar a la tienda de lanas.

La propietaria una mujer de avanzada edad, al verla entrar le preguntó con burla.

-¿Cuándo te casas?.

Dos mujeres entraron después, la miraron como si fuera algo raro, hicieron un comentario con la dueña de la tienda, las tres reían. Rebeca se fue llorando sin comprar nada.

Al llegar a su casa iba desolada, Rubén le preguntó qué le sucedía, cuando lo supo, le prohibió ir al pueblo. Sería él quién haría las compras que necesitaran.

A la mañana siguiente, Rubén se levantó y como cada día fue al establo. Era sorprendente lo que vio,

en el suelo yacían dos ovejas muertas con el vientre abierto y las tripas fuera, al ver este escabroso acto, salió vomitando.

Se preguntaba-¿Quién podría haber hecho un acto tan criminal?. Pensó ir a pedir explicaciones a los vecinos pero luego se arrepintió, todos estaban en contra de ellos, sería poner las cosas más difíciles de lo que estaban. Net era el más afectado, lloraba sentado en la mesa con las manos puestas en su cabeza mientras pedía a dios que los ayudaran. Había nacido en esa casa, sus padres al morir, se la dejaron en herencia con las tierras. Nunca nadie pudo decir nada de ellos, sino todo lo contrario, su madre había sido partera, ayudó a muchos niños y niñas a nacer. Ellos eran un ejemplo bueno para el pueblo, hasta que ocurrió lo de Rebeca.

Todos los habitantes del pueblo sin excepción, pensaban y estaban en lo cierto que ella había pasado la noche en otro pueblo con un hombre que fue el que la dejó embarazada y luego la abandonó. Se sentían traicionados por ella, eso era lo que decían sus pretendientes, había preferido a un forastero antes que a ellos, no se lo perdonaban, es más, tendrían que irse a vivir a otro lugar.

CAPITULO -5 –

Rebeca estaba de nueve meses, se esperaba que un día u otro nacieran sus hijos. En el pueblo había una comadrona, Rubén fue para decirle que Rebeca en cualquier momento daría a luz. La comadrona dijo que ese día tenía tres partos y que al día siguiente iría a verla. A sí ocurrió, cuando la examinó dijo que le faltaba una semana.

A las dos noches siguientes, Rebeca se puso de parto. Rubén se dio prisa en ir a buscar a la comadrona. Llamó cuatro veces con el llamador de la puerta, ella dormía y se despertó y, desde su cama gritó.

-¡Ya voy!.

Cuando abrió la puerta y vio que era Rubén dijo.

-¿Otra vez estás aquí?.

-¡Dese prisa, mi hermana se ha puesto de parto!.

-¿Cómo sabes que está para dar a luz?-dijo ella con los ojos pegados por el sueño.

-¡Tiene muchos dolores!.

-Yo sé más que tú y que tu hermana de partos. Mañana iré a verla, ahora son los dos de la madrugada y quiero seguir durmiendo, vete y quédate haciéndole compañía.

Rubén insistió para que lo acompañara, pero ella se enfadó diciendo.

-¡Te he dicho, que iré mañana a verla!.

Rubén se fue corriendo a su casa, tenía que estar cerca de su hermana. Al llegar a la puerta sintió dentro de su pecho mucha paz y se tranquilizó. Al entrar no oía quejarse a Rebeca, todo estaba en silencio, era como si durmiera.

Subió las escaleras de dos en dos pero sin prisa. Entró en el dormitorio de Rebeca, se quedó parado al ver al ser de luz que estaba de pie a los pies de la cama, su hermana acostada y a cada lado de ella tenía a los dos bebés vestidos.

-Rubén ¿Por qué has corrido?-preguntó el ser de luz- ¿De qué tenías miedo?.

Rubén se cubrió el rostro con las manos y lloró, no sabía si de vergüenza o de no haber confiado en el ser de luz y de tanta bondad.

-Se fuerte y no te vengas abajo-dijo el ser de luz-Es normal siendo humano que reacciones de esta manera. Sois vosotros quién heredaréis la tierra con muchos más, la reformaréis de los desastres cometidos por los que no sienten respeto por nada.

Rubén necesitaba hacerle preguntas antes que desapareciera, y dijo.

-Mi padre tiene muchos años, ¿Qué va a pasar con él?. Sufre mucho y llora aún más cuando ve el daño que nos hacen la gente del pueblo.

-A él le queda poco para que sufra, estamos pendientes de su ultimo día. No te inquietes por eso, todo lo tenemos medido y calculado.

-Aunque estoy reconfortado y siento dentro de mí mucha paz, tengo en mente el destino que nos va a tocar vivir-dijo Rubén.

El ser de luz sonrió sin darle importancia las palabras de Rubén.

-Ahora tengo que marcharme, mi trabajo aquí a terminado, os dejo mi paz.

Se acercó a la cabecera de la cama, extendió sus manos y las puso sobre la cabeza de Rebeca.

Después hizo igual con los dos bebés, los bendijo, se acercó a Rubén, e hizo lo mismo.

A la mañana siguiente, se presentó la comadrona en la casa. Se quedó asombrada cuando en la puerta, Rubén le anunció que Rebeca había parido y que tanto ella como el niño y la niña, estaban muy bien. Ella no lo creía y dijo.

-¡Quiero verlo con mis propios ojos! ¡No voy a creer lo que me estás contando!.

Rubén le dejó el paso libre para que entrara. Subía las escaleras con maletín en mano, Rubén iba detrás. Al entrar en el dormitorio exclamó.

-¡Por dios! ¿Quién ha hecho este trabajo?.

Rubén y Rebeca permanecían callados. Hizo su presencia Net, tenía los ojos de haber llorado pero en su rostro se marcaban signos de felicidad, se aproximó a la cabecera de la cama, besó a su hija en la frente, también a los dos bebés, luego se dirigió a la comadrona y le preguntó.

-¿Crees ahora lo que estás viendo?.

La comadrona se encogió de hombros, y dijo.

-¡Todo esto es muy raro, lo creo porque lo estoy viendo, pero me queda la incógnita de saber cómo ha dado a luz ella sola!.

-¿Crees en la providencia?-le preguntó Net.

-En unas cosas sí y en otras no. En este caso no.

-¿Eres tú quién le has ayudado a que dé a luz?-le preguntó a Rubén.

El negó sin mencionar palabra.

-¿Me estáis tomando el pelo? ¡Qué clase de gente sois!- le preguntó a Rebeca- ¿Por qué no has dicho quién es el padre de tus hijos? ¿Esto también es un secreto?.

-¡No más preguntas!- intervino Net diciendo.

-¡Sí desde luego, no iba a sacar nada en concreto!- dijo la comadrona saliendo del dormitorio. Cuando bajaba las escaleras iba hablando ella sola, Rubén la seguía pero no prestaba atención a su comentario. Lo importante era que tanto Rebeca como sus hijos estaban bien.

La comadrona al salir de la casa iba con la cara perturbada, le hubiera gustado saber el secreto de los tres de familia.

CAPITULO -6 –

Los gemelos tenían tres meses, eran dos bebés muy hermosos, Rebeca no se apartaba de ellos. Rubén siempre que los miraba se quedaba con la boca abierta, a Net se le caía la baba. Rebeca los estaba criando con el pecho, tenía leche suficiente para los dos.

La casa era un lugar de recreo para la familia. Reían con las gracias que iban haciendo los gemelos eran despiertos y muy simpáticos. Los cinco eran felices viviendo en armonía.

Los vecinos rabiaban de envidia escuchar las risas y los juegos que se traían con el niño y la niña. Estos no eran felices, deseaban todo mal a los cinco de la familia. Sus malos pensamientos no tenía límites y, sé decía por el pueblo, que Rubén era el padre. Nadie se atrevía a decírselo cara a cara, y, un día estando en el campo, dos labradores se le acercaron. Rubén al verlos se puso en lo peor, se esperaba de ellos cualquier cosa, no quería mirarlos y siguió con su labor. Uno de ellos se adelantó.

-¡Miras la tierra porque te da vergüenza de mirar a las personas! ¡No creíamos de ti que los niños fueran tus hijos!.

Rubén se enderezó y les plantó cara, pero se quedó quieto y sin decir nada. En esos instantes recordó las palabras del ser de luz, y siguió labrando su tierra como si no hubiera oído nada. Estos hombres volvieron a su trabajo.

Al llegar Rubén a su casa, contó lo que le había ocurrido con los dos labradores. Ya sabían lo que se hablaba de ellos. Net lloraba impotente ante tanta maldad, ahora a sus cerca de ochenta años era cuando estaba conociendo a la gente del pueblo.

Una noche de madrugada se oyó ruido en el establo, incluso las gallinas se habían alborotado saltando de un lado a otro. Rubén se levantó y salió para ver qué sucedía. Habían abierto la puerta a las ovejas dejándolas salir, estaban esparcidas por el monte. Se vistió y fue a por ellas, eran las tres de la madrugada, al llegar al establo las contó, vio que faltaban cuatro. Decidió ir a buscarlas cuando amaneciera, le quedaban unas horas para dormir.

A la mañana siguiente, comió el desayuno y salió en busca de las ovejas que le faltaban. Las llamaba con silbidos, llevaba más de una hora subiendo y bajando monte. Las encontró en un barranco degolladas. Se llevó las manos a la cabeza mientras que decía gritando.

-¡Dios mío por qué tienen tanta maldad!.

Sabía que se trataba de los vecinos más próximos o de la gente del pueblo. Hablar con ellos sería perder el tiempo, incluso que se burlaran de él y le dijeran palabras que no pudiera soportar. Liarse a palos eso era lo que ellos buscaban para pegarle una buena paliza entre todos por haber dejado a su hermana embarazada.

Esa misma mañana estaba Rubén trabajando sus tierras, cerca de las suyas estaba el vecino que había sido pretendiente de Rebeca, se acercó y lo amenazó diciéndole.

-¡Estás dentro de mis tierras! ¡Te voy a dar un consejo, iros lejos de aquí!.

-¡Estoy en mis tierras, aquí nací y también mis padres! ¿Por qué tenemos que irnos?.

-¡No queremos que estéis aquí, si seguís os sucederán más y más desgracias!.

Rubén no respondió, dio la media vuelta y se fue a su casa. Contó lo sucedido y los problemas que tendrían con los vecinos y con el pueblo si seguían viviendo allí.

Net últimamente sólo hacía que llorar, sus fuerzas no le daban para más, tampoco salía al campo, las piernas le flaqueaban y se cansaba. Estaba arto de pasar penumbras, se levantó de la silla y dijo.

-¡Voy a contarle a los vecinos la verdad de la desaparición de Rebeca la noche que estuvo fuera!.

-¡Padre, no lo hagas!-dijo Rebeca reteniéndolo- El ser de luz me lo advirtió. Será peor, van a pensar que estamos locos. Son pocos los dignos de saberlo.

-¿Hija, le preguntaste al ser de luz qué teníamos que hacer cuando vinieran estos problemas?.

-No, pero tengo confianza en que todo se arreglará. ¡Mira qué hijos tan hermosos y guapos me han dado! ¿Crees que va a dejar que les ocurra algo malo?.

Rubén cogió la palabra diciendo.

-¡Recuerdo bien lo que dijo! Tendréis problemas y los tenéis que asumir vosotros.

-¡Sí es cierto, y estoy segura que nos va ayudar!.

Pasó un tiempo sin que ocurriera nada. Estaban tranquilos, los gemelos andaban, eran muy graciosos y simpáticos, siempre estaban riendo y contentos, empezaban a chapurrear algunas palabras.

Estaba amaneciendo, Rebeca sintió un ruido que entraba por la ventana miró, sus ojos se llenaron de espanto al ver el fuego que había en el establo. A gritos llamó a Rubén, Net se despertó y también salió. Los tres lloraban de ver que no podían hacer nada, miraban como el establo ardía con los animales dentro. Ningún vecino salió de sus casas para ver qué pasaba. Ya no les quedaban nada a parte de las tierras.

El miedo se apoderó de ellos, cualquier día harían lo mismo con la casa y con ellos dentro mientras durmieran. A partir de ese día, Net se negó hablar con sus hijos. Estaba triste lloraba y lloraba y no comía, quería morir.

CAPITULO -7 –

Una mañana estaban desayunando Rubén y Rebeca. Net no bajaba, había días enteros que se quedaba en la cama, se había negado a vivir, rechazaba todo alimento que Rebeca le hacía. Ella subió al dormitorio, notaba que algo raro estaba pasando, entró y cuando fue a despertarlo porque creía que dormía, se dio cuenta que había muerto.

Habían pasado tres meses de la muerte de Net. Ninguno de los vecinos ni gente del pueblo habían ido para darles el pésame, ellos tampoco lo esperaban ni lo necesitaban.

Una mañana salió Rubén de la casa para ir al campo, al cerrar la puerta vio que había un escrito con tiza que decía- ¡Marchaos de aquí, vamos a quemar la casa!.

Rubén llamó a Rebeca, le señaló el escrito que había en la puerta, ella dijo.

-¡A dónde vamos a ir, no tenemos otro sitio, esta es nuestra casa!.

Ninguno de los dos sabían qué hacer. Rebeca cogió a los niños, subió a su dormitorio y dirigiéndose al ser de luz dijo en voz alta.

-¡Los cuatro estamos en peligro, tú eres quién ha querido que los niños nazcan, ayúdanos, no tenemos dónde ir!.

Al día siguiente amaneció nublado, cada minuto que pasaba el cielo se iba oscureciendo, parecía que fuera de noche. Los agricultores no salieron al campo, estaban en la puerta de sus casas mirando el cielo. Los rayos caían en el campo quemando árboles frutales y hortalizas, árboles más grandes quedaban destrozados y ardiendo. Casas grandes con tabiques de madera, ardían. La gente gritaba fuera de sus casas, no sabían dónde cobijarse, el pueblo estaba en llamas. Todos estaban perturbados sin saber qué camino coger, cuando se había quemado prácticamente todo, empezó a llover torrenciales de agua, las calles del pueblo estaban inundadas, iban nadando sin rumbo, muchos se iban ahogando sin que nadie los pudiera socorrer. Habían cadáveres por encima del agua.

Rubén y Rebeca subieron con los niños al piso de arriba, abajo estaba inundado. Oían a la gente gritar desesperados y encomendándose a dios. Por la ventana veían cabezas de ganado llevados por la corriente del agua.

Era de madrugada, los cuatro seguían en el piso de arriba, no había alimentos para los niños, ellos no pedían nada, parecía que estuvieran saciados de comida. No podían bajar, el agua llegaba por la mitad de las escaleras.

Rubén sufría pero no por él. Su hermana estaba desesperada sentada en la cama y los niños con ella, les hablaba para que no se asustaran.

Era de madrugada, los cuatro dormían en la cama de Rebeca. Rubén despertó al sentir que tocaban su hombro, abrió los ojos, delante estaba el ser de luz, le dijo.

-Despierta a Rebeca y coge a los niños, seguidme.

Rebeca al despertar creía que estaba dentro de un sueño. Al ver al ser de luz, se levantó de la cama

Y dijo como algo que él tenía que solucionar.

-Los niños no han comido desde ayer.

-No tienen hambre. ¿Verdad que no lloran pidiendo comida?.

Rebeca miraba a sus hijos, estaban tranquilos, era cierto que no tenían hambre. Estaba segura que los habían alimentado.

-Venid conmigo-dijo el ser de luz.

Bajaron por las escaleras, el agua allí había disminuido. Al salir de la casa, Rebeca miró dentro, era la última vez que veía el lugar dónde había nacido, recordaba a sus padres y a su hermano jugando los dos cuando eran pequeños. Dejaron la puerta cerrada, dentro de la casa quedaban sus pertenencias de toda una vida.

Por la calle no se podía andar, entre barro y piedras habían cadáveres de personas y de animales, en el campo todo estaba arrancado y destrozado, los pocos supervivientes que hubiesen quedado, no podrían trabajar la tierra en mucho tiempo.

Rubén llevaba al niño en brazos y Rebeca a la

niña, los dos seguían al ser de luz. Más adelante en medio de una explanada, esperaba una nave. Dentro había más gente, hombres, mujeres y niños, nadie había del pueblo ni se conocían.

Era una gran sala con asientos, parecida a la anterior cuando Rebeca estuvo. Iban todos sentados y hablando en pequeños grupos, eran de diferentes países. Nadie se dio cuenta cuando la nave despegó, no notaron nada, parecía que no se había movido del sitio.

El ser de luz se acercó a Rubén y a Rebeca para darles instrucciones, les dijo.

-Olvidar todo lo sucedido, todo lo amargo que habéis vivido. Ahora empieza para todos una vida nueva. Nos dirigimos a una isla deshabitada, la vida de todos los que estáis aquí empieza a cero. Cada uno tiene que construirse su vivienda, abastecerse de comida. Todo lo que necesitéis lo encontrareis aquí. Los niños y niñas que hay de diferentes lugares, irán creciendo, se enamorarán y formarán su propia familia, la tierra se poblarán de seres como nosotros, queremos conseguir que sea un paraíso.

CAPITULO -8 –

La nave había llegado a la isla deshabitada. Todos bajaron, por último el ser de luz dijo.

-Me voy, no olvidar que estoy vigilando para que todo salga bien y para que no os falten de nada. Os dejo mi paz.

Todos vieron como subía en la nave y desapareció
En el cielo con un sol radiante.

La isla era grande, más de lo que podía abarcar la vista, todo era virgen rodeada por el mar.

Construyeron sus viviendas con tierra mojada y hojas de palmera. El agua para beber y para todas necesidades, era traída de una gran cascada que podía abastecer toda la isla, en la balsa se bañaban y jugaban haciendo delicias eran felices. Todas las familias estaban bien avenidas y, aprendieron hablar unas lenguas y otras.

Se alimentaban de los frutos que daba la isla, muy buenos y ricos en vitaminas y todo lo necesario para

que al organismo no le faltara de nada y funcionara bien. Construyeron varias barcas, todos empezaban una vida primitiva.

Rebeca le puso al niño de nombre Gag y, a la niña Hamat. Jugaban con todos los demás niños y niñas que habían sido engendrados para una nueva raza.

Gag y Hamat se parecían físicamente, eran gemelos. Rebeca era una madre feliz de ver a sus hijos crecer con belleza y con mucha salud.

Una noche estaba Rebeca pensando en las palabras que el ser de luz dijo al llevarla a su casa- Que se casarían y tendrían hijos-Ella veía eso de otra manera, quizá no lo entendió bien. Gag estaba frente a ella, la miró y le dijo.

-Madre, oíste bien lo que te dijo el ser de luz.

Rebeca no esperaba escuchar de su hijo lo que ella estaba pensando en esos instantes. Fue en busca de Rubén y se lo dijo, estaba asustada.

Los cuatro se pusieron a dialogar, Rubén explicó a los niños que él no era el padre de ellos y, que una noche fueron engendrados por seres de luz.

-Mi hermana y yo lo sabemos dijo Gag.

-¿De qué manera lo habéis sabido?-preguntó Rebeca.

-Madre, ¿No conoces nuestra procedencia?.

-Sí hijo, pero no sé tanto como vosotros. Yo fui un instrumento que ellos utilizaron, nada más.

Gag y Hamat habían cumplido veinte años, eran guapos, cabellos rubios y ojos azules de facciones bellas y altos de estatura.

Una mañana Rubén quiso contarles la noche que Rebeca desapareció. Hamat era más callada, no sentía inquietudes por nada, ella dijo.

-Lo sabemos todo. El hermano de luz que nos dirige, nos habló y nos puso al corriente. Él nos ha dicho que en muy poco os va a ocurrir algo maravilloso, puesto que sabemos valernos por nosotros mismos.

Rebeca se alarmó, no quería tener más cambios en su vida, tenía 55 años y a su edad lo que más deseaba era vivir con su hermano y con sus hijos en esa bella y hermosa isla que tanto le gustaba.

-Hijos, sabéis mucho. Rubén y yo no sabemos nada-dijo Rebeca un poco asustada y preguntó- ¿Qué nos va a suceder?.

-No podemos decirlo-respondió Gag- Cuando llegue la hora, el hermano de luz os pondrá al corriente.

-¿Sabéis lo que es?-dijo Rebeca con resignación.

-Sí madre, tanto mi hermana como yo, estamos orgullosos de tenerte como madre y, también a Rubén como tío nuestro, ha hecho de padre sin serlo.

Había pasado algún tiempo. Una mañana amaneció con un sol radiante y un cielo azul como el agua del mar. Gag y Hamat, la noche anterior no pudieron dormir, iban a ver a Rebeca y a Rubén, ellos dormían, no se daban cuenta de lo que estaba sucediendo. Hamat cogió las manos de su madre, las acercó a su rostro y las estuvo besando. Rebeca despertó, miró a su hija con esa mirada que ella tenía llena de amor y preguntó.

-¿Sucede algo?.

-Quiero que sepas que eres la mejor madre de toda la tierra-dijo Hamat.

Rebeca se incorporó, había algo fuera de lo normal, algo que ella no entendía. Rubén se unió a ellas y preguntó.

-¿Qué está pasando?.

-¡Tanto mi hermano como yo, os queremos mucho!-dijo Hamat.

-Lo sabemos. ¿Por qué haces esto?.

En ese instante entraba Gag con dos frutos en las manos llenos de liquido que da el mismo fruto y dijo.

-Hoy es un gran día, bebemos para estar siempre unidos.

-¿Por qué brindamos?- preguntó Rubén.

Rebeca no dijo nada, ella hacía siempre lo que su hijo le decía y bebió. Después lo hizo Rubén y seguidamente preguntó a Gag.

-¿No quieres decirnos para qué hemos brindado?.

-Muy pronto lo vais a saber.

El día continuaba igual de hermoso pero el oleaje

del mar se alborotó. Las olas subían más de tres metros, el ruido del mar era un poco provocador, todas las familias miraban el bello paisaje que las olas del mar iban dejando.

No lejos una nave se iba posando en una llanura de la isla. Gag y Hamat sabían que la hora había llegado para separarse de su madre y de su tío Rubén. Rebeca fue aquí cuando se dio cuenta que otra vez volvían a por ella como la noche que la llevaron sin decirle nada. Sus hijos lo sabían pero no podían decirlo.

El ser o hermano de luz hizo una señal para que todos se acercaran. Los demás padres tampoco sabían nada. Al llegar el hermano de luz los saludó diciendo.

-Os saludo con la misma paz que hay en mí. La hora ha llegado para todos los padres que habéis engendrado hijos e hijas que pertenecen a la séptima raza, os llevamos a otro planeta habitado por seres buenos, bondadosos e inteligentes. En este lugar no se envejece, la persona que ahora tiene cincuenta o sesenta años, seguirá igual en físico y en salud. La energía universal, quiere

recompensaros por las maravillas que habéis hecho con los hijos e hijas nacidos de la gran energía universal.

Todos los padres se miraban llenos de alegría, pero en el fondo sentía la pena de despedirse de sus hijos hasta que los hermanos de luz dispusieran que se volvieran a ver.

Se despidieron contentos, y subieron a la nave. Cogió una gran altura y desapareció en el cielo.

Pasaron los meses, en ese tiempo no había ocurrido nada aparte de sentir los jóvenes atracción por la muchachas, y al inversa. Todos sabían por qué estaban allí. Eran divertidos y armoniosos, cogían frutos y los iban a comer todos juntos, cada uno contaba una historia que su madre le había contado. Por la tarde cogían las barcas y se alejaban para ver la puesta de sol. La noche de luna llena, se sentaban sobre la hierba haciendo un corro, cada uno le cantaba una canción que había imaginado en ese momento para que la madre luna estuviera contenta y les dieran de todo. Era una comunidad feliz que vivía en el amor y para el amor.

CAPITULO -9 –

Era de madrugada todos dormían, una nave se posó en un llano de la isla, el hermano de luz entró en la casa de Gag y de Hamat y los despertó. Les dijo que lo acompañaran. Entraron en la nave y se perdió en el horizonte. Aterrizo en el campo de una ciudad, allí estaban esperando tres personas, dos hombres y una mujer relativamente jóvenes. El hermano de luz dirigiéndose a Gag y a Hamat les dijo.

-Os los dejo para que cuidéis de ellos, han sido engendrados igual que todos vosotros, es ahora que se han separado de sus padres, ellos tienen más hijos, se han quedado con ellos. Seguirlos hasta donde ellos os lleven. Vosotros no regresareis más a la isla, os espera otro destino. Siento mucho no hayáis podido despediros de los que se han quedado, ellos también se marcharan de allí, y serán dispersados para otros lugares de la tierra, hasta que se pueble toda de personas como vosotros.

Ahora me despido y os dejo mucha paz.

El hermano de luz entró en la nave y despegó perdiéndose en el cielo.

Gag y Hamat siguieron a los tres jóvenes. En un escampado esperaba un coche, en el volante había una mujer de cuarenta años aproximadamente, los cinco subieron y se instalaron. El coche cogió una carretera ancha. Hamat no sabían donde se dirigían y preguntó a la conductora.

-¿Podemos saber dónde estamos?.

-En una ciudad del sur-respondió ella.

-¿Qué es el sur?. Es la primera vez que viajamos mi hermano y yo.

-El sur es el lugar más hermoso que tiene un país, es dónde vive la luz.

-¿Puede decirnos dónde vamos?.

-Esta noche la pasaréis en mi casa y, cuando amanezca os conduciré al lugar dónde vais a quedaros.

Hamat quería hacerle más preguntas a esa mujer de apariencia distante pero muy correcta.

-¿Trabaja usted para los hermanos de luz.

-Colaboro en todo lo que me piden.

-¿Este es su trabajo? ¿No tiene otro en la tierra?.

-Sí lo tengo y vivo de él.

Gag hizo una señal a Hamat para que dejara de hacer preguntas.

El coche se paró en la puerta de una gran mansión rodeada de jardines. Dos perros de raza san Bernardo hermosos y de pelo negro los fueron a recibir. La mujer acarició la cabeza de los dos animales como regalo de recibimiento.

Entraron en la vivienda, las habitaciones estaban preparadas, sólo tenían unas horas para dormir, pronto iba amanecer.

La mujer los fue a despertar, el desayuno estaba preparado en la mesa, todos desayunaron juntos.

Era la hora que tenían que partir con un día radiante y un sol que iluminaba todo aquel hermoso lugar. La mujer había cogido el autovía. Hamat tenía alguna pregunta más para hacerle y dijo.

-¿Hay más gente que colabora con los hermanos de luz?.

-Mucha-respondió sin dejar de mirar la carrera.

-¿Sabe cuántos?.

-El numero no lo sé, pero en cada país puede que seamos treinta.

-¿Son los hermanos de luz que los eligen o son ustedes que lo piden?.

-Ellos nos eligen, nosotros aceptamos porque vivimos en sus corazones, fuimos engendrados para esta hermosa labor.

El coche había entrado en la naturaleza, cogió una ancha vereda, de lejos se veía una casa rústica hecha de piedra, el coche se paró en la puerta. Estaban esperando un matrimonio de aproximadamente cincuenta años, y dos hijos varones. La mujer después de saludarlos les dijo.

-Aquí están los hermanos que estábamos esperando.

El matrimonio estaba compuesto por dos hijos varones, David y Saúl, este último había sido engendrado igual que Gag y Hamat, era de la edad de ellos. La mujer se despidió y cogió otra ruta para dejar a los otros tres jóvenes en otro lugar.

CAPITULO -10 –

Hacía un tiempo que Gag y Hamat vivían en casa de esa familia. Sabían que Saúl y Hamat iban a contraer matrimonio para que la raza continuara pero ignoraban cuando, el tiempo de todas las cosas qué sucedían, lo ponía el hermano de luz. Entre tanto, Gag y Hamat ayudaban a las tareas del campo y del cuidado de los animales. De esa manera pasaron meses.

Una noche el hermano de luz entró en el sueño de Saúl y de Hamat, les dijo que iría el día siete del séptimo mes para unirlos y que lo dijeran a sus padres para que todo estuviera preparado.

A la mañana siguiente, Saúl y Hamat hablaron del mensaje que habían recibido en sueños. En la comida se lo comunicaron a sus padres.

El día se aproximaba. Sara la madre de Saúl y Hamat arreglaron un dormitorio que sería para ellos cuando contrajeran matrimonio.

El día anunciado llegó. Gag y Hamat iban vestidos con túnica blanca tapando los pies, los cabellos sueltos, estaban bellos, eran bellos.

Una nave plateada y resplandeciente aterrizó en un campo cercano. El hermano de luz fue hasta la casa, todos estaban preparados y esperándolo, después de saludarlos les dijo que lo siguieran. Llegaron hasta la nave, subieron por unas escaleras anchas, cuando todos estaban dentro, la puerta de la nave se cerró. Pasaron por una gran sala que daba a un hermoso jardín, había flores de todos los lugares de la tierra era un paraíso. Sé oía música de arpa con notas extraordinariamente bellas. En el jardín estaba la entrada a una cueva iluminada. El hermano de luz era el guía, todos los demás iban detrás. Habían llegado a un gran recinto con siete puertas, cada una representaba un cielo y una dimensión. En cada puerta estaba escrito el nombre del cielo que pertenecía pero, no se podía leer porque cada nombre era un dibujo.

Las siete puertas se abrieron, de ellas salieron siete ancianos de cabellos y barba blanca, vestidos con túnicas blancas, se fueron a sentar en sillones de patriarcas, delante había una mesa larga

revestida con tela blanca de seda. El hermano de luz y todos los demás estaban a tres metros de distancia de los padres patriarcas, saludaron con una sonrisa y los brazos extendidos en señal de recibimiento.

El hermano de luz colocó a Saúl y a Hamat a un metro de distancia de los patriarcas. El primer anciano dijo la ley de la primera puerta, el siguiente la segunda y así relativamente hasta la séptima. Los siete ancianos bendijeron a los recién casados, ya eran esposos.

Los patriarcas volvieron a entrar por la puerta que salieron.

El hermano de luz acompañó a todos hasta la salida de la nave, él también los bendijo y dirigiéndose a Gag le dijo.

-Tienes aún que esperar hasta que conozcas a la mujer que va a ser tu esposa.

Sara y Hamat habían hecho una comida apetecible que destacaba de los demás días. Los seis eran felices, vivían lejos de la gente y del ruido, el que cada día se oía era el canto de las aves, el sonido que hace el agua bajando con la corriente del río.

Algo lejos de la casa había una gran montaña, Hamat siempre quiso ir para descubrir lo que arriba guardaba. En una ocasión Saúl le dijo que un día subirían, Hamat mantenía esa promesa en su mente y se lo comentó.

-¿Cuándo vamos a subir a la montaña?.

-Al caer la tarde y no haga calor subimos, tiene que haber maravillas en la cima.

A primera hora de la tarde Saúl y Hamat emprendieron el camino hacia la montaña. Al llegar arriba se dieron la vuelta, el paisaje que se veía era maravilloso, la vegetación primorosa, el cielo con la puesta de sol radiante en días iluminados de oro y plata con una belleza que no tenía límites. Miraron la casa donde vivían, se veía pequeña, parecía de juguete. Se dieron la vuelta, al otro lado estaba el mar, parecía que se tocara con el cielo.

Se había hecho tarde, en la cima de la montaña se estaba bien pero tenían que bajar, pronto era la hora de la cena.

Bajaban jugando, se comportaban como niños, riendo y haciéndose bromas. De esa manera llegaron hasta la cascada, una ducha a esa hora de

la tarde iba bien. Los dos debajo del agua se besaron con mucha pasión, el amor que había dentro de ellos era muy fuerte y auténtico.

Volvieron a casa, Sara los estaba esperando con la cena preparada, observaba la felicidad que había en el rostro de los dos y el amor que sentía uno hacía el otro.

Había pasado un tiempo sin que sucediera nada.

Una noche mientras todos dormían, el hermano de luz entró en el sueño de Gag, le comunicó que construyeran una casa no muy lejos de esa en la que vivían. También le dijo, que en tres días irían a buscarlo para que conociera a la joven que iba a ser su esposa.

Gag reunió a la familia y les habló del sueño que tubo. Al día siguiente él y David empezaron a construir la casa cerca de los árboles y de la pradera.

Ya estaban en el tercer día, Gag estaba preparado y esperaba a que lo vinieran a buscar. A media mañana se presentó un coche conducido por la señora que un día los había llevado a él y a su hermana a la casa donde vivían. Esta mujer era agradable pero de pocas palabras. Bajó del coche

y saludó a todos. Gag no sabía a dónde lo llevaba, pero sí, que iba a conocer a su futura esposa. Se despidió de todos y subió en el coche. Dentro Gag preguntó a la señora que conducía.

-¿Quién es usted?.

-Soy mensajera, cuando alguien ha recibido un mensaje, también yo lo recibo.

-¿Vamos lejos?.

-No, todo está en el sur.

Tardaron dos horas en llegar. El coche se paró delante de una casa, bajaron, los estaban esperando un matrimonio y su hija de la edad de Gag. Se saludaron y entraron en la casa. La mesa estaba preparada para la comida, comieron los cinco, no hubo apenas conversación entre ellos pero, si habían miradas y sonrisas por parte de Gag y de Hera. Los dos se gustaban mucho, eran muy bellos. Gag rubio y ojos azules, Hera morena, cabellos negros y ojos color violeta.

La señora del coche se despidió y se fue.

A Gag le habían asignado un dormitorio bonito y confortable con una terracita que daba al campo de

cultivo de árboles frutales y otras cosechas, era un panorama precioso y lleno de luz.

Los padres de Hera tenían alrededor de cincuenta años, se conservaban jóvenes y en plena forma. Vivían del cultivo de sus tierras, de frutas, cereales hortalizas, trigo y maíz.

Gag estaba encantado de estar en esa casa y sobre todo junto a Hera, no había visto mujer más bella y hermosa que ella.

A la hora de la cena el padre preguntó a Gag.

¿Cómo están tus padres?.

-¡Muy bien!. Ellos no están en el planeta tierra, un día se los llevaron a ellos y a otros padres más.

Él miró a su esposa y le dijo algo triste.

-¿Harán con nosotros igual?.

Ella no respondió, miró a su hija y luego a Gag y siguió comiendo.

-Muchos quisieran ir allí. El hermano de luz me dijo que el día que contraiga yo matrimonio, vendrán.

Terminaron de cenar. Entre Hera y su madre recogieron la mesa y limpiaron todo. Los cuatro

fueron a sentarse fuera de la casa. La noche era fresca y fuera se estaba bien.

Gag y Hera necesitaban hablar y estar solos, se levantaron de sus asientos y se alejaron dando un paseo. Sus padres miraban como se iban alejando y hablando como dos enamorados aunque acababan de conocerse pero, la belleza de ella era para enamorar a un hombre y la de él, para enamorar a una mujer.

A la mañana siguiente Gag se levantó como de costumbre, salió fuera de la casa y se dirigió hacia los árboles, el trino de los pájaros lo despertó. Vio que en cada árbol había varios nidos de gorriones, a sus pies escuchó piar a un gorrioncillo. Miró y vio que todavía no tenía alas y se había caído del nido. Lo cogió con cuidado para ponerlo en el lugar que la madre lo estaba reclamando.

-¡Toma a tu hijito!-dijo posándolo dentro del nido.

Todos los árboles tenían varios nidos, algunos estaban para caerse al suelo. Los fue colocando en el árbol de forma segura. Hera salió de la casa y vio a Gag el trabajo que tenía con los nodos de los pajarillos, se acercó y dijo.

-¡La creación es hermosa y está bendecida por el universo!.

Gag la miró, sentía deseos de besarla, recién levantada estaba igual de bella que todo el resto del día. Le dijo.

-¿Me ayudas a mantener los nidos en sitio seguro?.

Los dos eran altos y esbeltos y con sus brazos llegaban hasta el asiento y las ramas de los árboles, colocaron todos los nidos para que se mantuvieran hasta que los pollitos fueran grandes y pudieran volar.

La madre de Hera los llamó para el desayuno. Después su marido y Gag fueron a echarle de comer a los animales y, a cultivar las tierras.

Una tarde Hera dijo a Gag.

-Ven conmigo. ¿Ves aquella columna que está allí detrás? ¡Voy a enseñarte algo!.

-¿Qué es?-preguntó Gag.

-Cuando estemos allí lo verás.

Hera dijo a su madre que iban a dar un paseo.

CAPITULO -11 –

Los dos iban cogidos de la mano, parecían niños presumiendo de traje nuevo. Tenían que cruzar un río, el agua les llegaba por la mitad de la pierna. En los laterales había árboles cargados de flores blancas y aves saltando de rama en rama. Por encima de la hierba crecían florecillas de varios colores. Salieron del ancho río y anduvieron un buen trecho, en el fondo se veía un gran monte rodeado de pequeños arbolitos, Hera lo señaló y dijo.

-Nos dirigimos a ese lugar.

-¿Todavía quieres reservarte la sorpresa sin decirme que es?.

-No seas impaciente-dijo Hera con una sonrisa.

Al llegar al monte, desde arriba se veía un gran vacío al otro lado, había una profundidad muy grande, no se podía ver el fin.

-¿Qué es esto?-preguntó Gag muy extrañado.

-No lo sé, pero de aquí entran y salen naves.

-¿Por qué lo sabes?.

-A la edad de quince años vine hasta aquí, quería saber qué era este monte alejado y me encontré con esto, da miedo mirar la profundidad que tiene, puede ser que llegue al otro lado de la tierra y que sea una comunicación entre extraterrestres.

Gag la miró extrañado. Ella captó su pensamiento y dijo.

-¡No me estoy refiriendo a las naves de los hermanos de luz!. ¡Estos son otros!.

-¿Se lo has dicho a tus padres?.

-Sí lo saben.

Estaba anocheciendo y decidieron volver a casa.

Pasaron seis meses sin que sucediera nada, Gag y Hera hacían una vida de noviazgo, sentía mucho amor el uno por el otro. Por las mañanas Gag y el padre de Hera, se ocupaban de las tareas de la huerta y de los animales. Hera y su madre del trabajo de la casa, de la comida y de ir a coger fruta y hortalizas en el terreno de siembra. Hera en ratos libres hacía figuritas de arcilla representando dioses

Y diosas mitológicos, cuando la arcilla estaba seca, las pintaba con colores vivos.

Una mañana estaban los cuatro desayunando. En el umbral de la casa estaba el hermano de luz. Los cuatro al verlo se pusieron de pie, él los saludó diciendo.

-Os traigo mi paz para anunciaros que en el tiempo de siete días, estéis preparados los cuatro. Gag y Hera serán unidos en matrimonio.

El hermano de luz se dirigió a los padres de Hera diciendo.

-Os doy siete días para que podáis estar con los animales y despediros de ellos porque no volveréis más a la tierra, os quedaréis a vivir en nuestro planeta. Los animales son inteligentes y saben que os marcháis para siempre. Quiero advertir a Gag y a Hera, que vendrán a vivir aquí un matrimonio con una hijita de seis meses, ellos también pertenecen a la séptima raza. Ahora me despido hasta dentro de siete días. Mi paz os dejo-dijo despidiéndose.

Los cuatro terminaron el desayuno, seguidamente

comentaron lo que pronto iba a suceder. Gag y Hera rebosaban felicidad. Entre ella y su madre empezaron a preparar un gran dormitorio confortable para el matrimonio y su niña.

Habían pasado tres días desde que estuvo el hermano de luz. A primera hora de la tarde se paró en la puerta de la casa el coche con la señora mensajera, venía con ella un matrimonio de aproximadamente treinta años, ella llevaba en sus brazos un bebé, la señora entró en la casa con ellos. Los presentó y después se fue, el trabajo de ella consistía en eso.

Todos los de la casa recibieron al matrimonio con la mayor alegría. Entre Hera y su madre los llevaron al dormitorio que iban a ocupar, tenía mucho espacio y una gran terraza que daba al monte, el paisaje era muy bonito.

A la hora de la cena los padres de Hera pusieron al corriente de lo que era el trabajo en la huerta y el de la casa.

-Mi marido y yo nos vamos, nos llevan dentro de cuatro días a otro planeta-dijo la madre de Hera.

CAPITULO -12 –

El matrimonio compuesto por Heh, el marido y Tría su esposa, escuchaban con mucha atención las explicaciones de los padres de Hera. Ese iba a ser su hogar hasta que su hijita Celeste fuera mayor.

Hera tenía ganas de contar el acontecimiento que pronto iba a producirse entre ella y Gag y dijo.

-Dentro de cuatro días Gag y yo seremos esposos, tengo mucha alegría por esto y algo de tristeza de pensar que mis padres se los llevan, pero sé que van a estar bien. Los padres de Gag también se los llevaron hace un tiempo.

-¿El hermano de luz no os han dicho en qué planeta van a estar?-preguntó Tría.

-No, sólo que allí llevan a los padres que han tenido hijos de la séptima raza.

-Cuando a mí me llevaron para engendrar a mi hija, el hermano de luz me anunció que hay un planeta nuevo todavía por descubrir, era allí donde mi esposo y yo iríamos cuando nuestra hija fuera mayor, y, que era un regalo hacían a los padres.

Gag y Hera se miraron, los dos estaban pensando lo mismo, fue Gag quien dijo.

-Es un planeta joven habitado por personas mayores. ¿No es eso lo que el hermano de luz te quiso decir?.

-Creo que sí, yo así lo entendí. También me dijo que ese planeta al ser joven, allí no existe la enfermedad, ni el llanto ni la pena, es como un nuevo paraíso.

Los padres de Hera se miraron sonrientes, él preguntó.

-¿Sabes si en ese planeta se envejece?.

-Hasta ese punto no llegó, esta pregunta no te la puedo responder.

-A mí me da igual-dijo la madre de Hera, lo importante es que los dos estemos juntos.

El día anunciado llegó. Gag y Hera esperaban vestidos con túnicas blancas y largas hasta los pies, esperaban la llegada del hermano de luz. Mientras tanto, Hera no se separaba de sus padres, los tenía abrazados diciéndoles palabras hermosas y llenas

de amor. Los padres habían pasado la mañana con los animales, despidiéndose de todos, lloraban por el cariño que les tenían, toda una vida dedicada a ellos.

Una nave se posó en un gran llano. Los padres de Hera se despidieron de Heh y de Tría, besaron a la pequeña Celeste que dormía plácidamente en los brazos de su madre. Salieron de la casa y se dirigieron a donde estaba esperando la nave.

El hermano de luz los condujo a una gran sala, allí estaba la madre de Gag y su tío Rubén. Se abrazaron con mucha alegría de volver a verse. No habían envejecido, seguían igual y con el rostro de felicidad. Gag le presentó a Hera su futura esposa. Los padres de ella, la madre y el tío de Gag habían hecho amistad.

El hermano de luz interrumpió las presentaciones diciendo.

-Los padres patriarcas esperan.

En la gran sala de las siete puertas, esperaban sentados los siete patriarcas. Todo ocurrió de la misma manera de cuando casaron a Hamat y, a Saúl.

CAPITULO -13 –

Los corazones de Gag y de Hera ardían de felicidad, lo tenían todo para ser felices y para engendrar hijos cómo ellos, de esa manera la séptima raza seguiría creciendo y haciéndose cada vez más grande y extendida por toda la tierra.

De regreso a su casa, los esperaban Heh y Tría, ella había hecho una buena comida en honor a los recién casados, la bebida no faltó en la mesa, eran zumos de fruta de la huerta.

A la mañana siguiente, un coche se paró en la puerta, era la señora mensajera, entró en la casa y dijo a Gag y a Hera.

-Tengo la orden de llevaos a ver, a Hamat y a Saúl, ellos saben que estáis casados y quieren felicitaros.

Subieron en el coche. Al llegar, Saúl y Hamat los estaban esperando, ella estaba embarazada de tres meses.

Sara cocinó una comida muy sabrosa. Estaba muy contenta de tenerlos a todos en su casa, ella estaba

haciendo de madre, era feliz de saber que pronto ella y su marido se iban a convertir en abuelos.

Dentro de la casa se oía música de arpa. Todos comían esa deliciosa comida hecha de cereales y de frutos.

Hera estaba más en lo que sucedía a su alrededor, se fijó en todos y luego preguntó.

-La música de arpa que se oye ¿De dónde viene?.

-No lo sabemos, hay ratos que para y, después vuelve a empezar.

-Creo que viene de la nave, cuando estuvimos para contraer matrimonio, se oía esta misma música-dijo Hera.

-Hace unos días trajeron a un matrimonio con una niña de seis meses-dijo Gag- Están viviendo en casa, la pequeña es preciosa es el juguete de todos.

-Pronto vosotros tendréis uno o quizá dos-dijo Sara riendo.

-¡O tres!-respondió Gag echándose a reír.

Hera lo miró con mucha ternura, se acercó a su mejilla y la besó, diciendo.

-¡Muchas gracias por todo el bien que nos hace el universo!. Cuando nos engendraron en nuestras madres lo pasaron todas muy mal. La gente ignorante de fuera les hicieron la vida imposible por no ser cómo ellos. Ninguna madre que fue engendrada por el método universal, puede decir lo contrario. Ellas y sus esposos sufrieron mucho hasta que los hermanos de luz los rescataron. Nosotros, niños y niñas nacidos del amor universal, no sufrimos nada porque éramos bebés, no nos llegaba la maldad de los humanos ignorantes, el universo quiere que sea así para todos los que sigan naciendo.

Todos pasaron el día contentos y felices. Al caer la tarde fue la señora mensajera en su coche a trasladar a Gag y a Hera a su casa.

CLARA EISMAN PATÓN.